

FANTASMA Y CONJURO*

A S. E. el Sr. Vizconde de Gabriac,
etc., etc., etc.

Confidencial
y *secreta*.

Palacio Nacional,
Méjico, Marzo 2 de 1855.

«Señor Ministro:

»Con el carácter que designa esta comunicación, he recibido orden del Serenísimo Sr. General Presidente de la República [Manuel María Lombardini], para dirigirla a V. E., sobre un asunto que, a su juicio, afecta vivamente no sólo el porvenir de Méjico y de todo el Continente Americano, sino también el de la Francia y el del Mundo entero.

»Hablo, S. Ministro, de la política de los E.E. Unidos del Norte América, que, hollando los principios del derecho de gentes y de la moral, y diseminando los disolventes de toda sociedad para satisfacer sus rapaces instintos y deseos de predominio, sirve hoy ya de escándalo a todas las naciones. Sin molestar la atención de V. E. detallando algunos de los efectos de esa política, que son bien conocidos, y que ya se han dejado percibir en diversos lances y con especialidad en la conducta reciente y simultánea de varios de sus agentes públicos en Europa misma, me concretaré a recordar a V. E. los rasgos prominentes y consecuencias más notables que ha tenido esa política respecto de este país.

»Apenas consumada en 1821, por los solos esfuerzos de sus hijos, su independencia, como una necesidad reclamada

* Nota confidencial y secreta del encargado del despacho de Relaciones Exteriores de México al ministro de Francia en México.

por la naturaleza misma de las cosas, los E. E. Unidos se propusieron sofocar en su cuna esta nueva Nación para preponderar y ensancharse, observando con algunas adiciones el sistema que les proporcionó la adquisición de la Luisiana y la Florida, prevaleándose con tal objeto de la inexperiencia de Méjico en la ciencia del gobierno, y de la embriaguez misma en que se hallaba por su libertad e independencia recientemente conquistadas. Pervertir y extraviar esas ideas sublimes, diseminando no sólo las delicadas y peligrosas de la más avanzada y expuesta democracia, sino las demagógicas más desenfrenadas, cuando aún aquéllas eran incombinables con el estado, índole, costumbres y necesidades de este país, y de este modo destruir su unión, y con ella su poder, tales fueron las miras de los E. E. Unidos, secundadas cumplidamente por Roberto Joel Poinsett, su Ministro en Méjico.

»Influyendo en las circunstancias antedichas, en la generalidad del país, pero especialmente en la parte más bisoña y menos ilustrada de él, consiguió que se adoptara en 1824 el sistema federal; estableció y multiplicó las logias, y con ellas las divisiones y subdivisiones políticas; inspiró y obtuvo medidas inicuas y desastrosas al país, como la de expulsión de los españoles, en que Méjico perdía caudales, población, y lo que es más, la confianza, y últimamente logró en 1828, por medio de esos manejos, poner en conflagración al país, envolviéndolo en una guerra civil que trastornó su orden constitucional por primera vez, y que fue la primera que manchó sus anales y que engendró las sucesivas, si bien por honor del país debe decirse que ese movimiento estuvo a pique de costar la vida a su mismo autor.

»Con temporancia de esas medidas, inspirada por el mismo espíritu y acogida por la propia inexperiencia, fue la de la colonización de Tejas por individuos norteamericanos. De ese modo inauguraron sus relaciones con Méjico y sembraron en su seno los males que tan opimos frutos les han dado después. Continuando en su tenebrosa política agitándolos, instigaron a aquellos colonos a que correspondieran a la más ingenua hospitalidad, a las más generosas y gratuitas concesiones de tierras, a la más amplia exención de toda carga,

con negra ingratitud, faltando a la fe jurada a esta Nación, y, con el estímulo y apoyo de los E. E. Unidos, se separaron de ella, no para erigirse en Pueblo independiente, como acaso se persuadieron algunas de las naciones que reconocieron esa independencia, sino para ir a aumentar la Unión Americana, como la Luisiana y como la Florida, consumándose así una obra en que, para usar de las propias palabras de uno de los enviados de los E. E. Unidos en este país, Mr. Slidell, se emplearon veinte años, según asentó en nota oficial escrita y publicada en el de 1846.

»Y porque el sentimiento nacional de Méjico, que veía ya en su verdadera luz las miras de los E. E. Unidos, no se conformara con la desmembración de su territorio, ni con verse hostilizado en él por invasiones piráticas, ni conmovido interiormente por una mano pérfida, los E. E. Unidos, avivando esos mismos medios, y siguiendo el sistema de amarrar por la fuerza lo que con la astucia y el dinero no pueden obtener, uniendo aquélla a éstos y poniendo a la sombra de tal o cual reclamación justa multitud de otras inicuas, condujeron al rompimiento de 1846. Sus resultados no podían sino ser funestos a este país, a los ojos de todo hombre previsor.

»Agitado, con cortísimos intervalos, por la guerra civil y las disensiones intestinas que lo han conmovido desde su independencia, y que en los momentos en que estaba invadido de todos lados por los mismos E. E. Unidos, convertían a esta Capital en campo de batalla, sin ninguno de los preparativos y elementos necesarios para la guerra; en un desconcierto absoluto por el mismo sistema federal que le regía y acababa de plantearse por segunda vez, el término de aquella invasión fue el que precisamente debió ser, la pérdida de la mitad de su territorio, por el tratado desgraciado de Guadalupe, sin que haya exageración alguna en las causales que quedan apuntadas, porque es evidente que, a no ser de todó punto exactas, sería inexplicable el resultado.

»Habiendo adquirido los E. E. Unidos en virtud de dicho tratado un territorio que en su inmensa extensión se dilata de uno a otro Océano; un territorio que no bastará un siglo para poblarlo suficientemente; cuyos veneros de oro no se

agotarán en igual espacio de tiempo, y que necesita por lo menos ese mismo período para recibir el grandioso desarrollo comercial y agrícola de que es susceptible, parecía que debían, siquiera por el pronto, haberse satisfecho sus deseos y dado tregua a su codicia. Pero, insaciables como su política, los E. E. Unidos no se han apartado de ella un ápice y después, como antes, se han alegado reclamaciones; se han repetido las expediciones piráticas procedentes de su territorio; se ha fomentado en él a los descontentos de este país y, finalmente, sin dar cumplimiento a las obligaciones onerosas que sobre sí tomaron por el convenio precitado, torciendo sus estipulaciones o infringiéndolas de un modo tan escandaloso como notorio, puesto que la misma prensa de los E. E. Unidos se ha ocupado de él, suscitaron nueva cuestión de límites que, iniciada por una violencia del gobierno norteamericano de N. Méjico y felizmente contrarrestada por el patriotismo del gobierno de Chihuahua, dio lugar a más sobrios y decorosos medios de tratarla. Versando esa cuestión sobre una corta extensión de terreno, de poca importancia para esta Nación, pero de mucha para los E. E. Unidos para poder comunicarse por territorio propio en toda la extensión de sus posesiones, según alegaban, por dicha causa y con el fin moral y político de quitar hasta la sombra de todo justo pretexto de diferencia, se accedió y transigió aquella, desechando las exageradas pretensiones que al propio tiempo se presentaron.

»De esperar era, pues, que por propio decoro se aplazasen siquiera sus avanzadas miras ulteriores, ya que no podían encubrirse con pretexto alguno plausible; pero, faltando a todas las conveniencias y sin haberse cumplido un año siquiera de celebrado el último tratado, y poco más de seis meses después de su ratificación, se renovaron en estos días aquellas proposiciones, como V. E. sabe, aunque de un modo particular, para una nueva cesión territorial que se extiende hasta la Sierra Madre; proposiciones que desde luego se han desechado por segunda vez, tan categórica y terminantemente como era debido.

»Entre tanto, desde ese último tratado hasta la fecha, los E. E. Unidos han seguido su acreditado sistema con este país,

haciéndose sentir en la misma revolución actual del Sur, en uno de cuyos puertos, el de Acapulco, uno de sus comandantes de Marina, el de la *Portsmouth*, violó su bloqueo para proteger la entrada de los buques de su país, hecho que al fin ha desaprobado implícitamente el Gob^o de los E. E. Unidos por las reclamaciones de Méjico, pero que sirvió para proporcionar la salida y entrada de Comonfort, uno de los cabecillas de aquella rebelión, y para estimular y alentar ésta.

»Tal es, en resumen, la historia de los rasgos más conspicuos de los E. E. Unidos en su política y relaciones con este país, desde 1821 hasta la fecha. Combatido interiormente por las disolventes doctrinas que en su cuna sembraron en él esos propios Estados; con las instituciones que en virtud de ellas adoptó, que quitando la fuerza a la autoridad hacen imposible la estabilidad de ningún gobierno, y que destruyendo la unidad aniquilan el poder nacional, agitado por pérfidos manejos, y hostilizado por el gobierno americano, ya encubiertamente por medio de expediciones que protege o no reprime, y por actos de sus autoridades, o abiertamente por continuas demandas injustas y no autorizadas, y algunas veces por rompimientos manifiestos, en vano las administraciones que sucesivamente lo han regido se habían afanado por restablecer un orden de cosas que fuese durable y que era imposible en el simultáneo concurso de tan adversas circunstancias; de manera que, bien analizadas éstas, no son tan extrañas las calamidades que han afligido al país, como admirable que no haya sucumbido, merced a sus asombrosos elementos naturales y al buen sentido que ha predominado y predomina en la Nación. Él ha conservado su unidad en medio de tantas divisiones y ha convencido a la absoluta generalidad de los hombres distinguidos por su saber, por sus riquezas y por su probidad, de la necesidad indispensable e ingente de desechar teorías que la propia experiencia les ha acreditado que son irrealizables en el país, y de darle un Gob^o fuerte y vigoroso, como único medio de sobreponerse a los partidos, de restablecer el respeto a la autoridad y de vigorizar y desarrollar los elementos que le son indispensables para su existencia y su prosperidad.

»El digno Gefe en quien se ha depositado esa confianza tan inmensa como ardua y delicada en la empresa, y su Gabinete, nada ciertamente omitirán para corresponder a ella, y, considerando como uno de sus más imperiosos deberes atender a la posición en que la Nación se halla colocada respecto a los E. E. Unidos, sus incesantes desvelos se han dirigido a desvanecer aun las apariencias de pretexto a todo disgusto, a la vez que su resolución ha sido y es desechar como conviene al decoro del país, y hasta donde alcancen sus fuerzas, toda pretensión injusta, y mira de ulterior expansión sobre el territorio de Méjico, manifestada tan a las claras por todos sus actos y sus notorias tendencias, que este Gob^o no puede menos de creer que interesen a la Francia y a la Europa.

»En medio de esas tendencias por parte de los E. E. Unidos y de su azarosa y difícil carrera que esta Nación ha tenido que recorrer desde el principio de su ser político, la Europa, que tanto interés mostró por ella como por las demás hispanoamericanas al hacerse su independenciam, se ha mantenido después impasible y aun acaso alguna vez le ha sido hostil por motivos que el que esto escribe ignora, pero que respeta, como que ciertamente han debido ser conformes a la política que consideró más oportuno y justo adoptar. Pero hoy que se marca una nueva y grandiosa era en sus consejos, respetuosamente y con perfecta deferencia debe añadir el que habla que el resultado de esa política ha sido a su juicio desfavorable a los intereses de Europa, porque disminuyó la influencia que en los ánimos tenía en América, y que hoy vuelve a renacer, y disminuyó también la que en amistad pudo ejercer en su política, y de ese modo, a proporción que se alejó de estos países, los impulsó, por decirlo así, hacia ios E. E. Unidos, y los hizo más fácil presa de esa Nación que tenía empeño en destruirlos y que a la vez era el más decidido enemigo de las potencias de Europa. De esa manera los E. E. Unidos han tomado el incremento que se ve, no sólo por efecto de su larga y no interrumpida paz, sino también por la decadencia de estos mismos países en quienes la Europa podría tener un firme y leal apoyo, pues aunque hoy no sean tan sólidas como deslumbradoras esa prosperidad y prepon-

derancia de la Unión Americana, si cuanto antes no se contuvieren las tendencias que abriga, serán de funestos resultados.

»Esas tendencias no se dirigen hoy a otro fin que a procurar apoderarse de Cuba y del Archipiélago de las Antillas por una parte, a la vez que por otra, de Méjico y Centro-América hasta el Istmo de Panamá, sirviéndose de una de esas adquisiciones, si logran hacerla, para realizar la otra.

»Desde luego abrazará V. E. en toda su extensión los efectos de ese plan, si llegara a verificarse. Con países tan magníficos, tan importantes por su posición geográfica, por sus inmensas riquezas todavía vírgenes, la preponderancia comercial de los E. E. Unidos no tendría límites. Influirían decisivamente en todo el Continente americano; quedarían bajo su dominio las mejores y más cortas vías de comunicación con el Asia, ya sea por Nicaragua, por Tehuantepec, u otros varios puntos que hoy se proyectan; abarcarían el comercio de aquella parte del Globo y monopolizarían los mercados de toda la América del Norte. Proporcionada a la comercial sería su influencia política, poderosa entonces por sí misma. Podría, ligándose a la Rusia, de que los E. E. Unidos son disímbolos por instituciones, pero idénticos por instintos y por miras, comprometer la paz del mundo, y acaso variar su faz por una de aquellas eventualidades a que está sujeta la humanidad y que, por lo tanto, parece debido precaver.

»Además, los principios que profesan los E. E. Unidos y sus medios de llevarlos a cabo, públicos y notorios, no se limitan a Méjico, sino que son un amago y un reproche a todas las naciones, y dignos por sí solos de atenderse y reprimirse. Prevaliéndose de la prosperidad que presentan esos Estados, debido al temperamento de su raza, a la educación, y a una reunión de circunstancias favorables y sin ejemplo en la historia, ofrecen sus instituciones, que halagan las pasiones y deslumbran a la multitud, como modelo que debe servir a todas las naciones. Por todas ellas propagan sus principios, no ya en el sentido recto que admiten, sino en el destructor que les es inherente. A una activa propaganda, con los amafíos y manejos que les son consiguientes, unen una abierta

protección, en cuanto les es posible, a toda sublevación contra la autoridad legítima, aun de los países con quienes los ligan los más solemnes pactos, revistiendo esas rebeliones con el carácter de lucha contra la tiranía. Los sublevados de Hungría, los rojos de la Italia, los socialistas de Francia, los súbditos desleales de la España, la escoria de los partidos de Méjico, tienen acogida en su seno; fraguan en él sus planes y sus expediciones armadas y equipadas; son su vanguardia en sus usurpaciones, y si desgraciados en esas tentativas, no omiten medio para salvarlos. De ese modo minan la autoridad y la paz de los pueblos, y como prueba de ello, de pública voz es la conducta de sus Ministros en España y otros países, y la cuestión que se suscitó con Austria muy poco tiempo hace; la expedición de López contra Cuba, y la de Carbajal, y la de Walker, y otras muchas contra Méjico, con vilipendio de la moral y de cuantos principios rigen y observan las Naciones cultas.

»Cuando S. M. el Emperador Napoleón, con una grandeza igual a la de su nombre, y una magnanimidad que para siempre honrará su carácter, ha inaugurado de la manera más inequívoca una nueva política de justicia y de gloria para la humanidad y la civilización conteniendo en Oriente los avances de la fuerza material contra el derecho, que aparentemente amenazaba una potencia aislada y respectivamente débil, que se decía extinguida, pero que en realidad afectaba el equilibrio de Europa y los intereses generales de ella; cuando guiado por los propios principios, S. M. I. ha establecido desde su feliz advenimiento al mando de la Francia relaciones dignas de ella, y basadas en la equidad y amistad hacia Méjico, cuya situación es idéntica a la de la Sublime Puerta, así como los E. E. Unidos lo son a la Rusia, y cuando aun ha expresado su interés por esta Nación y por la América por el órgano mismo de V. E., Señor Ministro, este Gob^o ha creído que debía a su propio país y al mundo llamar la atención de S. M. I. al grave asunto que motiva esta nota, y que conceptúa que conviene altamente a la Francia, para que, pesando en su real ánimo los hechos y las observaciones contenidas en ella, y que de la manera más respetuosa se someten a su sabia consideración, decida si no sería conveniente tomar medidas

para contener el torrente del Norte de América, que se desborda, y de que la Providencia divina ha designado a Méjico por su posición para servir de primera víctima, o de antemural a él, según el sistema que se adopte, y así resuelva si sería asequible y conveniente a los intereses de la Francia establecer una alianza o un acuerdo mutuo más íntimo y estrecho entre ella y este país, para contrarrestar y hacer frente a planes que tanto importa a ambas naciones frustrar.

»Con tal objeto tengo, pues, la honra de dirigir a V. E. esta comunicación, por mandato del S^o Sr. Presidente, y a la vez disfruto la de suscribirme,

»Señor Ministro,

»De V. E.,

»Su más atento servidor

Bonilla»

(*Rúbrica*)

(*rúbrica*)